

Cumplido su mandato, en delicioso  
 Vino trocóse el agua en el instante,  
 Y á tal prodigio se asombró el esposo  
 Y enmudeció la turba circunstante.

Y así logró Miriam ser la primera  
 Que mirase brotar el milagroso  
 Poder, que en tan efímera carrera  
 Iba á ostentar el Nuncio poderoso:

Y todos los presentes se admiraron,  
 Y su inmenso poder reconocieron,  
 Y sus menores signos acataron,  
 Y su misericordia enaltecieron.



## IV.

Aquel milagro de Caná, seguido  
 En breve de un millon;  
 Señaló que ya el tiempo era venido  
 Del fin de su mision.

A su voz las tormentas se aplacaban,  
 Los demonios huían;  
 Las dolencias del cuerpo se aliviaban,  
 Los muertos revivían.

Doquiera que en aquel dichoso suelo  
 Su planta descansaba,  
 Cesaba el llanto, enmudecía el duelo  
 Y el odio se calmaba.

Y venian á él desde Judea,  
De Tiro y de Sidon,  
De la remota Arabia y de Idumea  
En rauda confusion.

Y al que con fé profunda, enardecida,  
Llegaba hasta su pié;  
Eterna fuente de salud y vida,  
Vida y salud dá él.

Ven de nuevo del sol la lumbré pura  
Los ciegos afligidos,  
Y cruzan la montaña y la llanura  
Los pobres impedidos.

Cura al leproso, al pecador convierte,  
La adúltera perdona,  
Y arranca de los brazos de la muerte  
Al niño y la matrona.

¿Quién es este, clamaba el fariseo,  
Que va contra la ley?  
¿Quién, temblando de susto el Idumeo,  
Este que aclaman rey?

¿Quién es el que aconseja al ultrajado  
Generoso perdon?  
¿Quién es el que combate denodado  
La usura y concusion?

Y así como en la oscura madriguera  
Por hombres acosada,  
Se prepara á lidiar la brava fiera  
Cabe á su prole amada:

El Escribe avariento, sobre el oro  
Al pobre arrebatado,  
Se apercibe á la lid por el tesoro  
A precio tal comprado.

Y el Fariseo hipócrita, temiendo  
La lid, astuto infama  
A Jesus, y en lo oscuro va tendiendo  
Su tenebrosa trama.

Y el audaz Saducéo, que la vida  
Del alma torpe niega,  
A la múltiple hueste maldecida  
Iracundo se agrega.

Así, sus mustios odios deponiendo  
Se adunan los traidores,  
Torpe amistad, bastardo amor fingiendo,  
En pró de sus rencores.

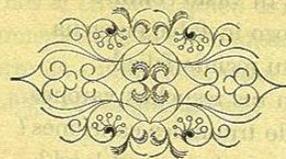
Y el volcán de sus iras contenido  
Rugía en lo lejano,  
Como acaso escuchamos el bramido  
Del remoto Oceano.

Mas al rumor creciente, de MARIA  
Temblaba el corazon,  
Y miraba acercarse la agonía  
Con triste prevision.

Y siguiendo por montes y laderas  
Al hijo con afan,  
Llegó con él un dia á las riberas  
Que fecunda el Jordan.

Y por él fué allí mismo bautizada,  
Y siguió decidida,  
Y abandonó su vida acostumbrada  
Por otra nueva vida.

Y mugeres seguíanla y varones,  
Discípulos fervientes  
De Jesus, de amorosos corazones  
Y espíritus valientes.



CORONA DE LA VIRGEN.

ENTRADA DE CRISTO EN JERUSALEN.

V.

¿Qué júbilo inmenso resuena,  
Sion, en tu vasto confin?  
¿Qué gozo inefable enagena  
Salem, tu recinto feliz?  
¿Dó van tus resueltos varones  
Cantando triunfales canciones?  
¿Por qué suena el laud?

¿Que triunfo electriza sus almas?  
¿Acaso el romano cayó?  
¿Por qué se despojan las palmas  
Del manto que el cielo les dió?  
¿Por qué tu llanura arenosa  
Reviste esa capa frondosa?  
¿Cesó tu esclavitud?

En coro las tiernas doncellas,  
Los niños en coro pueril,  
Repiten en cántigas bellas  
Pulsando del padre David  
El harpa de voces tan puras:  
“¿Hosanna en las alturas!  
“Bendito el enviado de Dios!”

¿Quién es el monarca temido,  
Que llega á tus puertas, Salem?  
¿Quién es ese rey tan querido?  
¿De Dios el enviado, quién es?  
¿De inmensa legion circundado,  
En carro de triunfo adornado,  
Llega el conquistador?

Sion, tu monarca divino  
No viene en un carro triunfal;  
Ni acero feroz, damasquino  
Empuña su mano real:  
Ni en pompa homicida de guerra  
Le anuncian por rey de la tierra  
El fausto y el poder.

El manso animal cabalgando  
 Se acerca del mundo el Señor,  
 A diestra y siniestra lanzando  
 Benignas miradas de amor.  
 Por armas la palma y la oliva,  
 Por premio la fé siempre viva,  
 Eterno amor por ley!

Y en pos los invictos varones,  
 Las madres que acata Israel,  
 Y ancianos y tiernos garzones  
 Confusos en raudo tropel;  
 Y esposas y vírgenes puras:  
 “ ¡Hosanna en las alturas,  
 Esclaman, al Sumo Señor!”

Y el santo, amoroso conuento  
 Que suena en el vasto confin,  
 Llevado en las alas del viento,  
 Llegó cual la voz del clarín  
 Sion, á tus calles oscuras,  
 “ ¡Hosanna en la alturas,  
 Clamando, al supremo Señor!”

Y el eco del muro callado  
 Y el agua que corre á su pié;  
 Del templo el recinto sagrado  
 El viento que gime al través:  
 —Y el ruiseñor que en la enramada trina,  
 Y el aura embalsamada matutina,  
 En puro acento de perenne amor;  
 Clamando van en montes y llanuras,  
 ¡Hosanna en las alturas,  
 Al que viene en el nombre del Señor!

